

Dichas y Desdichas

De la Poesía

Por Braulio Arenas

Después de muchísimos años, Alfonso Calderón ha retornado a sus empresas poéticas. Siempre hemos lamentado sus tardías incursiones por esos mundos, absorbido como está, tan responsablemente, por sus desvelos como profesor y como colaborador literario de revistas y editoriales. Todo esto manifestado aquí porque le consideramos un escritor con un excelente repertorio lírico, cuyas repercusiones en el poema nunca nos han dejado indiferentes.

En una palabra, el sentido de su meditación poética es profundamente original.

Ahora Nascimento publica de él una suerte de resumen de estos últimos quince años de labor, *Isla de los bienaventurados*, título que le procuró Robert Frost: "en las Islas de los Bienaventurados, ni a un solo bienaventurado hallé".

A pesar de la cita tan desalentadora, hemos encontrado en la isla de Alfonso Calderón cantidad de bienaventurados (como para desmentir el aserto de Frost), felices todos de estar en la compañía del poeta, y muy agradecidos, además, de su bondad y cortesía, al tomarlos de la mano y traerlos a plena luz, para recuerdo o conocimiento de los lectores del país.

A la verdad, más que un concepto isleño (el cual en su última instancia nos remite a la soledad, aunque no sea sino por asociación de ideas), el concepto inmediato que preside el libro de Calderón es el de la relación inmediata del poeta, del escritor, o del hombre a secas con el mundo.

Esta virtud de *enhebramiento* es, pues, toda ella opuesta al motivo insular, confiriéndole, en cambio, un atributo edénico de jardín espiritual, de amable convivio, de comunicación sensible y de preguntas y respuestas con todo el universo tanto circundante como latente.

Afortunadamente para nosotros las cosas se han dado de esta manera, y así podemos vislumbrar por un instante las sucesivas "apariciones" de poetas, pintores, piratas, actores, boxeadores y hasta filósofos (Soren Kierkegaard) que pueblan el escenario.

Mucho nos complacería, de pronto, que tal o cual héroe de nuestra infancia se eternizara en el poema, del mismo modo que se ha eternizado en el recuerdo, pero el autor los echa a volar muy rápidamente, acaso para asegurarnos que no son sino sombras ya por siempre integradas al reino de las sombras, o acaso imaginando, con discreción, que abusarían con una más larga permanencia.

Porque el arte de Alfonso Calderón se expresa con elegancia y con mesura. No le son necesarios los gestos grandilocuentes, ni las pruebas circenses antipóéticas, ni los recursos extrapóéticos para atraer al lector.

Por el contrario, pareciera disfrutar trayendo al primer

plano todos los elementos del poema, aparentemente sin el menor misterio, y con ellos compone su obra, a la vista de todos.

A la par que él compone su obra, nosotros componemos nuestros recuerdos.

Nada más en oposición a la *Isla de los Bienaventurados*, de Alfonso Calderón, que *La Nueva Novela*, de Juan Luis Martínez (Ediciones Archivo, 1977). Mientras en la obra del primero todo respira naturalidad, el artificio más grande preside la composición del segundo. Apresurémonos a añadir que este artificio está buscado a plena conciencia, pues, si bien Calderón se ha cuidado de organizar el "interior" del libro suyo, Martínez se propuso organizar el "exterior" de su obra.

Naturalmente que el procedimiento no es nuevo, y ya en Chile, hace largos años, contamos con la novela de Julio Salcedo, *Gatica con Soto, Juicio de Alimentos*, presentada en forma de un expediente judicial, con el formato de un legajo y con todas las pruebas testimoniales (cartas, fotografías, etc.), incorporadas a sus páginas, comunicándoles un estremecimiento de cosa viviente, de humanidad y de suspenso, verdaderamente alucinante.

También, en el plano poético esta vez, recordamos un folleto, *Brrrr*, de Guillermo Deisler (al cual le concedemos toda nuestra admiración posible), constituido con materiales insólitos para la exacta definición de un libro.

Claro está que ésta es una nueva línea, no tanto de la literatura como del arte visual, cuyas primeras muestras (¿cuándo no!) ya las encontramos en el surrealismo. En efecto, en 1943, en plena guerra, apareció el número 2-3 de VVV (La Triple V), en cuya asesoría estaban André Breton y Marcel Duchamp. (Digamos, entre paréntesis, que en dicho número colaboramos juntos con Enrique Gómez y Jorge Cáceres). La presentación de VVV era todo lo moderno que cabía imaginar (es decir, todo lo original y personal), sin deberle un centavo a nadie, con fotografías que se abrían y se cerraban; con una reproducción que podía ser, al mismo tiempo, un pedazo de género o el perfil de Washington; con trozos de alambre metidos en las páginas, etc.

De ahí que nos resulte tan penoso recorrer el libro de Martínez (sin contar con la provocativa cita de Picabia a continuación de la bandera nacional, o el obscuro texto de la página 129), porque nos suena a cosa vieja, sin ese "frescor del pasado" que sabe comunicar Calderón a su obra, y más anticuado y penoso nos parece cuando con "la re la re la realidad", sigue a Louis Aragon: "Quelle est belle la ré la ré la réalité", en su obra *Le Paysan de Paris* (Gallimard, 1926, página 69).

Comunicado semanal, 4-VI-1948. P. 11

666/55